

15 céntimos el número



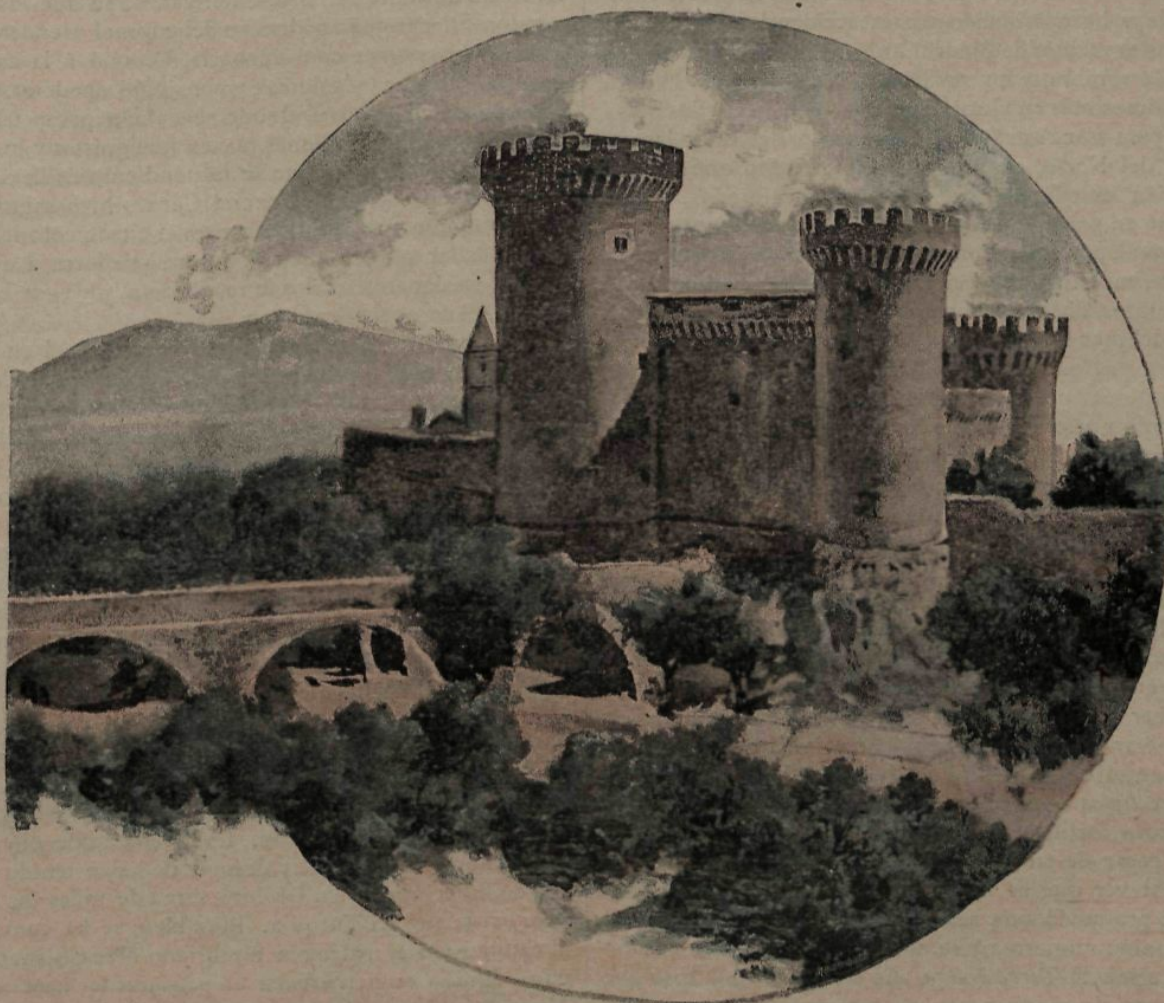
SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 3 Septiembre de 1892

Núm. 14

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



TÍVOLI.—ROCCO PÍO

SUMARIO

Texto.—Crónica, por B.—El muchacho espía, por ALFONSO DAUDET.—Las hormigas (continuación), por ***.—El rey de Tule, balada de GOETHE (poesía), traducción de J. LLAUSÁS.—La electricidad, por MELITÓN GONZÁLEZ (ilustraciones del mismo).—Nuestros grabados.—Mesa revuelta.—Recreos instructivos, por JULIÁN.—Advertencias.

Grabados.—Tivoli: Rocco Pío.—Tivoli: La gruta de Nerón y el templo de Vesta.—Tivoli: La « villa » de Este.

Crónica

OCCURRE algunos años que, ya en invierno, ya en verano, la temperatura se señala por lo excepcional, y en el año de gracia de 1892 lo habrá sido indudablemente en punto á calor. Ya hablamos en otra ocasión de la altura á que había llegado en los Estados Unidos la columna termométrica, ajenos de creer entonces que en Europa pudiésemos pasar por idénticas molestias, ni siquiera acercarnos á ellas. El calor de Nueva-York y de Chicago en los días del verano lo creíamos casi reservado exclusivamente á aquellas comarcas y á las del África. Esta vez no ha sucedido así, ya que en casi todas las naciones del continente europeo el calor ha sido realmente insostenible y ha ocasionado tristes accidentes. En nuestra España los vecinos de Madrid hubieron de soportar 42 grados á la sombra, y los sevillanos, la friolera de 48 y de muchísimos más en el sol, que estaría en aquellos días á punto para asar castañas. No escaparon del calor las regiones del Norte, en nuestra patria, puesto que en San Sebastián excedió de los 40 grados centígrados, suceso inaudito en país que goza durante el estío de temperatura primaveral, por cuyo motivo, allá acuden, como es sabido, la corte, muchísimos vecinos de Madrid y habitantes de otros puntos, ansiosos de respirar las frescas y reparadoras brisas del mar Cantábrico.

Sabrán nuestros lectores la bulla que se ha metido con la *Torre Nueva* de Zaragoza. Esta construcción, de estilo mudéjar, en la que trabajaron cristianos, judíos y moros, va á caer á los golpes de la demoledora piqueta, por haberse afirmado que amenazaba ruina. Que esto no se ha probado ni mucho menos, no cabe ponerlo en duda; mas lo cierto es, á la hora presente, que el derribo se halla decretado y que es muy probable que se realice. La Academia de San Fernando y la de la Historia, que debían ampararla, se han mostrado muy frías en el asunto, sin haber apurado los medios que tenían en su mano para salvar aquella histórica Torre, ya que indudablemente antes de derribarla se debía acudir á los muchísimos recursos de que hoy dispone el arquitecto y el ingeniero para fortificarla y asegurar que se mantendría en pie, á pesar de su inclinación, que data ya de luengos años. Al ver que se levantaba la andamiada para el derribo se promovió una reacción en Zaragoza, se celebró una reunión numerosa y se acordó trabajar para que no desapareciese la *Torre Nueva*. Es en verdad doloroso que se destruya un monumento tan característico, construido en ladrillo, con dibujos elegantísimos de estilo oriental y

que en gallardía supera á las famosas torres inclinadas de Pisa y de Bolonia. ¡Ojalá que los esfuerzos de los zaragozanos amantes de los monumentos patrios logren salvarla! Mucho tememos, empero, que la *Torre Nueva* desaparezca, como por fútiles pretextos han desaparecido en distintas épocas interesantes edificios antiguos de nuestra España. Si es doloroso que esto acontezca en períodos revolucionarios, más lo es todavía que semejantes desafueros contra el Arte y la Historia se consuman en tiempos de orden y en que el Gobierno y las Academias pueden interponer su veto y hacer valer su autoridad y su inteligencia.

De huelgas otra vez nos llegan noticias. ¡Qué penoso se hace tener que relatar estos sucesos, de los que salen siempre perdiendo el industrial y el operario! En los Estados Unidos, donde adquiere todo pronto colosales proporciones, se nos comunicó la de los guarda-agujas en los caminos de hierro. Con sólo anunciarla dicha queda su importancia. Sin la vigilancia de los guarda-agujas es imposible la circulación por las vías férreas, máxime en los países que como los Estados Unidos se distinguen por el movimiento de viajeros y de mercancías. Los huelguistas incendiaron vagones cargados de mercancías; trenes expresos hubieron de detener su marcha por impedírsela los vagones ardiendo que se hallaban sobre la vía. Tal aspecto iba tomando la huelga, que se hizo precisa la intervención de la tropa. El choque fué terrible, y en los primeros momentos la fortuna no favoreció á las tropas norte-americanas, ya que los alborotadores llegaron á apoderarse del coronel Henderson, á quien amenazaban con lincharle. Volvió á la carga el general Carnes en Coalcreek y consiguió apoderarse de la estación del ferrocarril, donde se habían parapetado los huelguistas. Cogió, además, á cien huelguistas y los mantuvo en rehenes para que le respondieran de la vida del coronel Henderson. El general Carnes hizo saber á los revoltosos que si se atentaba contra el citado coronel mandaría fusilar por su parte á los trabajadores á quienes retenía prisioneros. Éstos le respondían, pues, de la existencia del coronel Henderson.

Otra huelga, de aire más pacífico, se declaró en París. Es la de los cocheros de punto ó de plaza, renovada distintas veces por las diferencias que se suscitan entre ellos y las Compañías dueñas de los carruajes y caballerías. Sobre la cantidad que ha de entregar cada cochero al día por su coche y caballo se disputa ahora, como otras veces. La huelga no ha sido general esta vez, y por consecuencia su duración no ha de ser muy larga. En los días de intensos calores en que se declaró y en que, por lo tanto, habían de hacer los parisienses frecuente uso del coche de alquiler, las molestias de la huelga serían mucho más sensibles que de haberse producido en cualquiera otra de las épocas del año.

Se ha anunciado un suceso fausto para la Iglesia Católica, cual es la desaparición, ó pronta desaparición por lo menos, del nestorianismo. La herejía á que dió nombre Nestorio data de 428, y después de haber tenido períodos de florecimiento en Oriente, cuna de todas las herejías, existe aún en Turquía. Pues bien, se ha convertido al catolicismo el patriarca nestoriano Mar Chisnonn, en cuya familia se perpetuaba el patriarcado hace siglos. Monseñor Tomás Audon, arzobispo de Ourmsah, católico, del rito caldeo, recibió la abjuración del patriarca

nestoriano. Créese que le seguirán pronto algunos obispos de la propia herejía, todo lo cual será gran motivo de consolación para el sabio Pontífice León XIII, en medio de las amarguras que le proporciona de continuo la política de los partidos exaltados y de algunos gobiernos europeos.

* * *

Siguen revueltas las repúblicas sud-americanas. La guerra contra Venezuela prosigue, á pesar de haberse anunciado repetidamente su terminación. La capital se encontraba bloqueada y próxima á la miseria, puesto que escaseaban los víveres; todo se vendía á precios exorbitantes y los mismos soldados mendigaban por calles y plazas. Continuaba la lucha entre los generales Mendoza y Monagas por una parte, y por otra los generales Crespo y Velutini, jefes de la insurrección. El último se había apoderado de las ciudades de Cumana, Barcelona, Guantes y Carúpano, mientras el general Monagas salía de Caracas con dos mil hombres para recobrar á Carúpano. Imagínese el lamentable estado en que ha de encontrarse, por causa de esta guerra civil, un país que disfrutaba de relativa tranquilidad y que empezaba á desarrollar su comercio y todos sus intereses materiales.

* * *

A estas repúblicas quieren asimilar nuestras colonias los filibusteros que se proponen separarlas de la madre patria. Cuanta energía se despliegue contra estos enemigos del nombre español nunca será bastante, y por ello es de aplaudir la que ha demostrado el gobernador general de las Islas Filipinas, general don Eulogio de Despujol, al ordenar la deportación del paladín del filibusterismo de aquel país, un escritor que ha dado á luz diversas obras, en las cuales se transparentaban en unas y en otras aparecían claramente los propósitos de separar de la dominación de España el Archipiélago Filipino. Sus fines los revelaron con mayor claridad los viajes que emprendió por la isla de Luzón, y en los cuales se fundó especialmente el general Despujol para deportarle y para ordenar que fuesen recogidos todos sus libros y proclamas, debiendo entregarlos todos los vecinos, so pena de ser considerados como desafectos. Los que en Filipinas amparan á los filibusteros son los mismos que combaten á los frailes agustinos y dominicos, que tanto han trabajado en aquellas regiones para mantener entre sus naturales el amor á España y el respeto al *castila*. Con pretextos políticos, con mentidas voces de libertad, con la añagaza de una ilustración que quieren acaparar para sus intentos individuales, aquellos hombres van minando los sentimientos seculares arraigados en los corazones de los filipinos y preparando para las islas días de luto como los que han tenido que sufrir las Antillas. Si no se les permite dar un paso sin que se encuentren con la represión, estos intentos podrán frustrarse, y los hombres leales del Archipiélago les agradecerán que así lo hagan á los gobernadores generales y á los gobiernos de cualquier partido político que se sucedan allí y en la península.

B.

El muchacho espía

LAMÁBANLE «niño Stenne.» Era uno de estos muchachos parisienses pálidos, flacuchos y entecos; aparentaba unos diez años de edad, si bien tal vez había cumplido ya los quince; pero ¿quién averigua la de estos mocuelos? Su madre había muerto, y su padre, que fué mucho tiempo soldado de marina, era guarda de un jardín en el barrio del Temple. Los muchachos, las niñas, las ancianas pobres, las mujeres desocupadas, en una palabra, todas las paseantes y acompañantes de niños de París que se ponen á salvo de los carruajes metiéndose en los jardinitos de las plazas públicas, conocían al padre de Stenne y le querían muchísimo. Sabían que bajo aquellos bigotazos que tanto miedo daban á los perros y á los niños traviesos, se ocultaba una sonrisa de bonachón, tierna, casi maternal y que asomaría á sus labios en cuanto le preguntasen:—¿Qué tal, qué hace el niño?—¡Le quería tanto! Era tan feliz cuando al anochecer, concluida ya la clase, comparecía el muchacho y daban los dos juntos un paseo por las calles del jardín, parándose en cada banco para saludar y charlar un poco con los asiduos concurrentes.

Desgraciadamente el sitio todo lo cambió. El jardín de Stenne fué cerrado y convertido en depósito de petróleo, y el pobre hombre, obligado á una continua vigilancia, pasaba el tiempo en aquellos desiertos y destrozados islotes de flores y arbustos, solo, sin poder fumar ni ver á su querido hijo hasta ya muy tarde, cuando se retiraba á su casa. Por esto era tan curioso observar su bigote cuando le hablaban de los prusianos... A su hijo, no obstante, no le desagradaba la nueva vida.

¡Un sitio! ¡Qué cosa tan divertida para los pilluelos! No hay escuela, se cierran las clases, hay vacaciones todo el año y las calles como el real de una feria...

El muchacho pasaba todo el día corriendo de una parte á otra. Veíasele delante de los batallones del barrio cuando iban á las fortificaciones, escogiendo siempre á los que tenían mejor banda de música; á decir verdad en esto estaba muy fuerte el chiquillo y podía explicar á cualquiera que la del 96 no valía gran cosa, pero que la del 55 era excelente. Otras veces se entretenía viendo hacer el ejercicio á los movilizados; además, todas estas cosas traían cola...

Con el cesto debajo del brazo, tomaba puesto en los grandes corros que se formaban en las oscuras mañanas de invierno á las puertas de las carnicerías y panaderías. Allí, con los pies metidos en agua, trabábanse amistades y se hablaba de política, y como el chiquillo era hijo de M. Stenne, todos pedían su parecer. Pero lo más divertido eran las partidas de chito, aquel famoso juego de *galocha* puesto en moda durante el sitio por los movilizados bretones; así es que cuando el niño no estaba en las murallas ni en las panaderías, era seguro encontrarle en las partidas de *galocha* de la plaza del Château d'Eau. Naturalmente, él no jugaba; se necesita demasiado dinero para jugar. Limitábase tan sólo á contemplar á los jugadores, ¡pero con qué gusto les miraba!

En particular uno, que llevaba blusa azul y que sólo apostaba piezas de cien sueldos, excitaba su admiración. ¡Cómo se oían sonar las monedas allá en el fondo de sus bolsillos!

Cierto día, al coger una moneda que, rodando, había

llegado hasta los pies del niño Stenne, el muchacho le dijo en voz baja:

—Te gusta el dinero, ¿verdad?... Pues sí quieres te diré dónde hallarás mucho.

Terminada la partida lo llevó a un rincón de la plaza y le propuso que le acompañara a vender periódicos a los prusianos; pagaban 30 francos por cada viaje. De pronto Stenne rechazó indignado tal proposición, y hasta, a consecuencia de esto, estuvo tres días sin volver por allí. ¡Tres días terribles! No comía, no podía dormir; por la noche imaginábase ver montones de *galochas* formando una inmensa columna al pie de la cama y relucientes monedas que rodaban por el suelo. La emoción que esto le producía era extraordinaria; al cabo de cuatro días fué de nuevo al Château d'Eau, habló con el tentador y se dejó seducir...

Una mañana de mucha nieve marcharon con un saco al hombro y los periódicos ocultos en las blusas; al rayar el alba llegaron a la puerta de Flandes. El movilizado tomó a Stenne por la mano, y acercándose al centinela, que era un bravo sedentario de nariz encarnada y aire bonachón, le dijo con voz humilde:

—Déjanos pasar, buen hombre... Nuestra madre está enferma y el padre ha muerto. Yo voy con éste, mi hermano, a recoger en el campo algunas patatas.

Al pronunciar estas palabras, lloraba; Stenne, avergonzado, bajó la cabeza, y el centinela, después de mirarlos por un momento, dió un vistazo por la blanca y desierta carretera, y

—Pasad corriendo, les dijo, apartándose de aquel sitio.

Siguieron por el camino de Aubervilliers; el movilizado iba riéndose descaradamente de lo ocurrido.

El espectáculo que ante los ojos del niño Stenne aparecía más tenía de sueño que de realidad. Fábricas convertidas en cuarteles; desiertas barricadas llenas de húmedos harapos; largas chimeneas vacías y descantilladas que atravesando la espesa niebla parecían remontarse al cielo; de vez en cuando algún centinela, algunos oficiales con el capuchón puesto y con los gemelos en los ojos mirando a lo lejos; pequeñas tiendas de campaña mojadas por la nieve derretida, delante de las cuales veíanse tristes y moribundas fogatas. El movilizado, que conocía los caminos, se apartaba de ellos para evitar el encuentro de cuerpos de guardia. Con todo, no se libraron de hallar una guardia avanzada de francotiradores. Los soldados estaban envueltos en sus capotes y acurrucados allá en el fondo de un foso lleno de agua a lo largo del ferrocarril de Soissons. El movilizado tuvo que repetir el embuste, pero esta vez no les dejaron pasar adelante, y mientras se lamentaba, salió de la casa del guardabarrera un sargento ya viejo, lleno de canas y muy arrugado, que se parecía al padre de Stenne, y les dijo:

—¡Vamos, rapazuelos, no lloréis! Ya os dejaremos recoger vuestras patatas; pero antes entrad y os calentaréis un poco... este pillín tiene cara de frío.

Pero ¡ay! no temblaba de frío el pobre Stenne, sino de miedo y de vergüenza... En el cuerpo de guardia vieron algunos soldados que, agachados alrededor de una pequeña y miserable hoguera, procuraban deshelar unas galletas clavadas en las puntas de las bayonetas. Dieron cabida en el corro a los muchachos, ofreciéndoles una copita y un poco de café. Mientras bebían apareció en el dintel de la puerta un oficial; llamó al sargento, hablóle muy bajito e inmediatamente desapareció.

—¡Chicos! dijo luego el sargento entrando con aire satisfecho en el cuerpo de guardia... esta noche *tendremos*

tabaco... Han sorprendido el santo y seña de los prusianos... ¡Nada! me parece que recuperaremos este maldito Bourget.

Esto produjo una explosión de bravos y de carcajadas; y en tanto los francotiradores blandían sus sables-bayonetas, bailaban y cantaban, aprovechando esta algazara, los muchachos se largaron sin ser vistos.

Al otro lado de las trincheras había una gran llanura, y en el fondo de ella un largo y blanco muro lleno de aspilleras hacia el cual se dirigieron, parándose a cada instante y fingiendo que recogían patatas.

—Volvámonos... No vayamos allí, repetía el niño.

Pero el otro, levantando las espaldas, avanzaba sin cesar; de pronto oyeron el ruido que hace un fusil cuando le arman.

—¡Échate! dijo el movilizado echándose al suelo.

Dió entonces un silbido, que fué contestado por otro entre la nieve, y arrastrándose por el suelo avanzaron algunos pasos... Delante del muro y al nivel del terreno aparecieron unos bigotes amarillos, y sobre ellos una grasienta y ancha gorra militar. El movilizado dió un salto y se colocó al lado del prusiano:

—Es mi hermano, dijo entonces señalando a su compañero.

Como el niño Stenne era tan pequeño, el prusiano, que se rió mucho al verle, vióse obligado a tomarle en sus brazos para subir la brecha.

Al otro lado del muro había grandes terraplenes, árboles cortados, negros agujeros entre la nieve, y en cada agujero las mismas gorras de cuartel, los mismos bigotes amarillos que sonreían al ver pasar los dos muchachos.

En un extremo, una casita de jardinero fortificada por medio de troncos de árboles. En el fondo gran número de soldados jugando a cartas y cociendo la sopa en vivísima llama. ¡Qué buen olor despedían las coles y el tocino, y qué diferencia con el vivaque de los francotiradores! Arriba, oficiales que destapaban Champagne y tocaban el piano. Al entrar allí los parisienses fueron acogidos con hurras de alegría. Después de haber entregado los periódicos diéronles de beber y les hicieron hablar. El movilizado divertía, con su cháchara de arrabal y palabrotas de granuja, a los oficiales que se presentaban con aire altanero y malicioso. Los prusianos se reían, celebraban y repetían con delicia aquellos dicharachos de París que salían de boca del grandullón.

El niño Stenne deseaba hablar, aunque sólo fuera para manifestar que no era un adoquín; pero algo de que no se daba cuenta le contenía. Delante de él, y algún tanto apartado, hallábase un prusiano de avanzada edad, algo más serio que sus compañeros, que leía o hacía como si leyese, porque sus ojos estaban fijos en el muchacho. Con su tierna mirada parecía echar en cara al niño Stenne lo que estaba haciendo, como si aquel hombre tuviese en su país un hijo de la edad de aquél y pensara para sus adentros:

—Antes preferiría la muerte, a ver a mi hijo en un oficio como éste...

Desde aquel instante a Stenne le pareció que una mano extraña le oprimía el corazón y le impedía latir con desahogo. Para librarse de esta terrible angustia se echó a beber; pronto todo le parecía que daba vueltas a su alrededor. Oyó, entre grandes risas, que su camarada se burlaba de los guardias nacionales, de su modo de hacer el ejercicio, ya representando una alarma en el Marais, ya simulando un alerta de noche en las fortificaciones. Luego bajó la voz, los oficiales se acercaron y sus caras tomaron

un aspecto muy grave. Estaba previniéndoles que iban á tener un ataque de los francotiradores...

Esta vez el niño Stenne, vuelto en sí, levantóse furioso y dijo:

—Esto no, camarada... no quiero.

Pero el otro, que no hacía más que reír, continuó. Antes que hubiese concluido, todos los oficiales estaban de pie, y uno de ellos, enseñando la puerta á los muchachos:

—Andad al diablo, les dijo.

Y hablaron entre sí en alemán.

El movilizado salió satisfecho con aire de gran señor, haciendo sonar el dinero que llevaba. Stenne le seguía con la cabeza baja, y cuando se halló cerca de aquel prusiano cuya mirada tanto le había mortificado, oyó que con voz muy triste le decía:

—¡No está bien esto, no está bien!

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Fuera ya de las trincheras, echaron á correr por el llano y regresaron muy pronto. Llevaban en un saco las patatas que los prusianos les habían dado, y con este embuste pasaron las avanzadas de francotiradores sin obstáculo alguno. Allí se preparaban para el ataque de la noche. Nuevos refuerzos llegaban con el mayor sigilo agrupándose detrás de las murallas. El viejo sargento estaba, con aire satisfecho, ocupado en colocar los soldados. Cuando pasaron los muchachos saludóles con cariñosa sonrisa...

¡Oh, cuán horrible fué para el niño Stenne! Un instante tuvo ganas de gritar:

—Na vayáis allí... os hemos vendido.

Pero el movilizado le había dicho:

—Si hablas, nos fusilan.

El miedo le detuvo y calló.

En la Courneuve entraron en una casa abandonada con objeto de repartirse el dinero. La verdad nos obliga á hacer constar aquí, que el reparto se hizo con equidad. Al oír sonar el dinero debajo de las blusas y al pensar en las magníficas partidas de *galocha* que se preparaban, ya no halló el niño Stenne tan horrible su delito; pero cuando quedó solo, cuando pasadas las puertas le abandonó el movilizado, entonces los bolsillos le pesaban, y aquella mano, que le apretaba el corazón, apretaba de un modo horrible. París no era para él el París de siempre; las personas que pasaban por su lado le miraban indignadas, como si adivinaran de dónde venía. Parecía oír la palabra espía entre el ruido de los carruajes, entre el redoble de los tambores que hacían el ejercicio á lo largo del canal. Por fin llegó á su casa, y satisfecho de que su padre no estuviese todavía en ella, subió á su cuarto para ocultar debajo de la almohada aquellas monedas que tanto le pesaban.

Nunca había entrado el padre de Stenne en su casa tan contento y satisfecho como aquella tarde. Según noticias que se acababan de recibir, los asuntos de la nación presentaban mejor aspecto. Durante la cena, miraba el antiguo soldado el fusil colgado en la pared y decía á su hijo con su habitual y tierna sonrisa:

—¡Ah! ¡cómo irías tú contra los prusianos si fueras mayor!

A eso de las ocho de la noche oyéronse cañonazos.

—Suenan en Aubervilliers... Ha empezado la lucha en el Bourget, dijo el buen hombre, que conocía perfectamente aquellas fortalezas.

El niño Stenne palideció y se fué á la cama pretextando estar muy cansado; pero al hallarse en ella no pudo

pegar los ojos. Como los cañonazos no cesaban, el pobre Stenne se figuraba ver á los francotiradores que llegaban por la noche al campamento prusiano al objeto de dar una sorpresa y eran víctimas de una emboscada; venía á la memoria aquel sargento que le sonrió, y veía tendido al suelo al lado de muchos de sus compañeros... El precio de tanta sangre se escondía allí, debajo de la almohada, y él, el hijo de un soldado, había sido el que... El llanto le ahogaba; oía á su padre que andaba de una parte á otra en el aposento contiguo y que en la plaza tocaban llamada; un batallón de movilizados se reunía para marchar; sin duda se daba una gran batalla; el desdichado Stenne no pudo ahogar un terrible sollozo.

—¿Qué tienes? le preguntó su padre entrando en el aposento.

El niño, que ya no podía más, levantóse de la cama y se echó á los pies de su padre. Con los movimientos que hizo rodaron por el suelo las monedas escondidas.

—¿Qué es esto? ¿Has robado? dijo temblando el anciano.

Entonces el niño refirió de un tirón que había estado en el campamento prusiano y lo que allí había hecho. A medida que hablaba le parecía que se le aligeraba el corazón y sentía que le aliviaba el acusarse á sí mismo... Su padre le escuchaba con aire terrible; cuando hubo concluido el relato, tapándose la cabeza con ambas manos, rompió el llanto:

—¡Padre! ¡padre!... murmuró el niño.

Rechazóle el viejo sin decir una palabra y recogió el dinero diciendo:

—¿Está todo aquí?

El niño hizo un gesto afirmativo. Entonces tomó el fusil y la canana y se metió el dinero en el bolsillo.

—Está bien, dijo, voy á devolvérselo.

Y sin añadir una palabra, ni tan sólo volver la cabeza, bajó de su casa para mezclarse con los movilizados que salían aquella misma noche. Desde aquel día no se le ha vuelto á ver.

ALFONSO DAUDET.

Las hormigas

(CONTINUACIÓN)

II

EL autor sagrado, comparando las hormigas con un pueblo (*am*), se expresa con gran precisión; todas las hormigas, sea cual fuere la especie á que pertenezcan, forman, en efecto, una sociedad organizada; viven en familia ó en comunidad y se distinguen entre ellas, como entre los hombres, diversas clases; sus nidos, conocidos con el nombre de hormigueros, son verdaderas habitaciones construídas por su industria y que forman una especie de ciudades.

Lo primero que llama la atención del observador cuando estudia las costumbres de las hormigas, es el arte que emplean en la construcción de sus habitaciones, cuya capacidad choca algunas veces si se compara con la pequeñez de aquéllas; admira también la variedad de construcciones, unas veces de tierra, otras hechas en los troncos de los más duros árboles y otras compuestas tan sólo de hojas y ramitas de hierbas recogidas de todas partes, y

muy especialmente el modo que responden á las necesidades de las especies que las construyen...

«La hormiga negra es la que levanta en los bosques los montoncitos tan notables por su magnitud... ella recoge, cerca de su habitación, todos los pedacitos de rastrojo y de leños, piedras diminutas, hojas y otros objetos que están á su alcance y pueden servir para aumentar la elevación, como son el almito ó polilla de granos, las pequeñas conchas, el trigo, la avena ó la cebada... Este montoncito á primera vista no parece sino un conjunto desordenado de distintos materiales, y sin embargo, si se tiene en cuenta su simplicidad y su organización, es un ingenioso invento para distraer las aguas del hormiguero, para defenderlo de las inclemencias del aire, de los ataques de los enemigos y para aprovechar el calor del sol ó conservarlo en el interior del nido... Esto en cuanto á la cubierta exterior del hormiguero, porque la parte más importante se oculta á nuestra vista y se introduce en el suelo á una profundidad más ó menos considerable.

»Unas calles dispuestas cuidadosamente en forma irregular de embudo conducen desde la cubierta del hormiguero hacia el interior; su número depende de la población y de su extensión; la abertura es más ó menos ancha, y se encuentra algunas veces en el extremo superior de la techumbre una entrada principal; á menudo hay varias casi iguales, á cuyo alrededor se hallan unos pasadizos situados por orden simétrico, circularmente y hasta la base del montoncito. Por la noche se cierran las puertas, por medio de pedacitos de madera ó de otros materiales, abriéndose por la mañana, excepción hecha de los días de lluvia que permanecen cerradas.

»El hormiguero no es al principio sino un agujero practicado en el suelo... Socavando y minando el edificio practican en él unas salas, en verdad, muy bajas y de construcción grosera, pero que son muy espaciosas y cómodas para el uso á que están destinadas, ó sea el de poder depositar en ellas las larvas y las ninfas á determinadas horas del día. Estas salas ó vacíos se comunican entre ellos por medio de galerías construídas de la misma manera... Las hormigas están perfectamente resguardadas en el fondo de sus compartimentos; el más grande de éstos se halla situado casi al centro del edificio, siendo el más alto y espacioso ocupado tan sólo por las vigas que sostienen el techo; á él vienen á dar todas las galerías y en él es donde permanecen la mayor parte de aquellos insectos... Los subterráneos se presentan divididos en pisos y éstos en cuartos abiertos en el suelo y practicados en sentido horizontal.»

Las hormigas que construyen sus nidos con barro lo hacen con más arte si cabe, pues se componen á veces de más de veinte pisos, de diez á doce milímetros cada uno, debajo del suelo, y otros tantos sobre la superficie. Las hormigas fuliginosas abren viviendas en los troncos de los sauces y las encinas, con numerosas salas y corredores.

Los nidos difieren según la especie de hormigas á que pertenecen; las hay que recogen gran cantidad de despojos, pedazos de madera y de hojas y los amontonan en masas cónicas; otras construyen con tierra pequeños palacios con aposentos sobre la superficie y debajo del suelo; otras tienen todas las viviendas subterráneas ó bien viven en los troncos de los árboles; sus habitaciones son algunas veces muy grandes. Según refiere Bates, durante su permanencia en Para intentó destruir un nido de hormigas Snaba introduciendo azufre en él y humearon multitud de agujeros, algunos de los cuales distaban de los más cercanos, por lo menos, setenta yardas.

Una sociedad de hormigas no siempre vive en un mismo nido; pero en la mayoría de especies el número de viviendas raras veces excede de tres ó cuatro, aunque puede ser mucho mayor. M. Torel ha observado una sociedad de *Formica exsecta* que tenía por lo menos doscientas colonias y ocupaba un espacio circular cuyo radio era á poca diferencia de doscientas yardas; en sus dominios casi habían exterminado las otras especies, y según cálculos del mismo naturalista, el número de habitantes de un solo nido varía de cinco mil á quinientos mil.

Estos insectos, no tan sólo forman una sociedad organizada por la comunidad de habitación, sino también por lo que podríamos llamar sus trabajos de utilidad pública ejecutados por interés general. En efecto, las hormigas construyen carreteras que no son, por cierto, senderos producidos por el tránsito incesante y continuado como había supuesto Christ, sino verdaderas vías, de las cuales han quitado todos los obstáculos que estorbarían el paso. Algunas son hechas á manera de caminos cubiertos, y se observan también en ellas túneles regulares, alguno de ellos de considerable longitud.

No tan sólo se parecen las hormigas á nuestras sociedades organizadas, en lo bueno que puedan tener, sino también en lo malo. Uno de los caracteres más raros de la historia natural de las hormigas es que ciertas especies reducen á otras á esclavitud y hasta practican la antropofagia. Si delante de un nido de *Formica rufa*, se colocan larvas y crisálidas de hormigas inmediatamente son transportadas y comidas; si hay más de las que son menester para satisfacer las necesidades más perentorias, las conquistadoras conservan y hasta alimentan el sobrante que aguarda la misma suerte. La *Formica fusca* es la raza esclava. La *Formica sanguinea*, que es común en Europa, emprende expediciones regulares y periódicas contra los vecinos hormigueros y toma las crisálidas y las lleva á su propio nido; cuando las prisioneras son ya insectos perfectos encuentran allí hormigas de su especie hechas prisioneras en anteriores campañas; se amoldan á las circunstancias, participan de los cuidados de la casa, y no teniendo los alimentos propios de su especie cuidan los de la *Formica sanguinea*. La *Polyergus rufescens* ha adelantado más en cuanto á esclavizar á sus iguales, pues vive exclusivamente con el auxilio de las esclavas que captura en sus expediciones.

Pedro Huber, que ha sido el primero en descubrirlas, da cuenta del modo siguiente de la primera observación de este género: «El 17 de Junio de 1804, hallándome de paseo por los alrededores de Génova, entre cuatro y cinco de la tarde, ví una multitud de hormigas bastante gruesas, rojas ó rojizas, que atravesaban el camino; andaban, apiñadas, con rapidez y ocupaban un espacio de ocho ó diez pies de largo, por tres ó cuatro pulgadas de ancho; en pocos minutos dejaron libre el camino y penetrando al través de una valla de mucho espesor se instalaron en un prado adonde les seguí; culebreaban sin extraviarse sobre el césped y su columna, á pesar de los obstáculos que tenía que vencer, continuaba siempre compacta y ordenada. Pronto llegaron cerca de un nido de hormigas de un negro ceniciento y cuya techumbre se levantaba entre la hierba á unos veinte pasos de la valla. Algunas hormigas de esta especie que se hallaban á la puerta de sus habitaciones, en cuanto descubrieron al ejército invasor, se precipitaron contra los enemigos que se hallaban á la cabeza de la cuadrilla; en el mismo instante se esparció la alarma en el interior del nido, y las compañeras salieron en tropel de todos los subterráneos. Entonces el grueso

del ejército de las rojizas, que no estaba lejos, se apresuró á llegar cuanto antes al pie del hormiguero y la multitud en masa se arrojó de golpe allí, derrotando completamente á las negras, que después de un corto, pero vivo combate, se retiraron al fondo de sus habitaciones; las rojas entonces asaltaron los lados del montoncito, se agruparon en la cima del mismo y se introdujeron en gran número en las primeras avenidas; otros grupos de estos insectos trabajaban, valiéndose de los dientes, en practicar una abertura en la parte lateral del hormiguero; saliendo bien de esta empresa, el resto de la fuerza penetró por la brecha en la sitiada plaza.

»Poco tiempo permanecieron las rojas en ella, pues á los tres ó cuatro minutos salieron precipitadamente por los mismos agujeros por donde habían entrado, llevando cada una en la boca una larva ó una ninfa del invadido hormiguero, y tomando el mismo camino por el que habían venido marchaban en desorden unas tras otras; la multitud se distinguía fácilmente en el verde césped por el aspecto que presentaba el gran número de capullos y ninfas blancas que cada hormiga roja acarrea. Atravesaron por segunda vez la valla y el camino por el mismo sitio de la primera y se introdujeron en los trigos que, por ser ya altos, muy á pesar mío, no pude seguirlos. Entonces volví al hormiguero devastado y encontré un escaso número de obreras negras que, encaramadas en los pequeños troncos de las hierbas, tenían en la boca algunas larvas que habían salvado del pillaje y que muy pronto fueron trasladadas á sus habitaciones.»

Posteriormente observaciones han confirmado la exactitud de todas las relaciones del naturalista genovés. Las mero-deadoras entran en campaña generalmente por la tarde, en número de ciento á doscientas mil. Sus prisioneras pasan á ser esclavas de las rojas, y éstas, que pelean como verdaderos soldados, no contribuyen ni se cuidan de la prole, ni aun siquiera trabajan para las provisiones del día, pues todo esto lo hacen las esclavas. No se crea que tan sólo haya esclavas, pues hay también criadas. Las obreras se subdividen en varias categorías, por lo menos en algunas especies, y se aplica entre ellas en grande escala el principio de la división del trabajo; las más jóvenes son una especie de niñeras, pues se encargan de la vigilancia y del cuidado de las larvas y crisálidas. M. Wesmæl describe unas hormigas obreras traídas de Méjico por M. de Normann, entre las cuales unas trabajan y las otras son verdaderos depósitos vivos de miel, que no tienen otra ocupación que almacenar en su abdomen este precioso alimento. «Las primeras, dice M. Wesmæl, tienen el abdomen común; en las otras este órgano tiene la forma de una grande esfera casi diáfana, resultante de una enorme dilatación de la parte membranosa de los segmentos, en tanto que su parte escamosa conserva las dimensiones normales y se presenta en forma de pequeñas fajas transversales de color oscuro y cuya extensión disminuye sucesivamente.»

»Según el relato de M. de Normann, esta especie de hormigas construye habitaciones subterráneas, de donde no salen nunca los individuos de abdomen vesicular: condenados á una inmovilidad casi absoluta; su única función consiste en elaborar una especie de miel que depositan luego en unos receptáculos especiales, análogos á los alvéolos de cera de las abejas... Las hormigas ventrudas no son, en cierto modo, más que cocineras que preparan los platos y las provisiones sin más utensilios que su estómago. Estas hormigas han recibido el nombre de *Myrmecocistus mexicanus*. Las sedentarias se dis-

tinguen por una particularidad tan singular que M. Wesmæl la refiere con cierta duda, pero numerosas observaciones posteriores han confirmado la realidad.

Por último, las hormigas, además de las esclavas y de las obreras ó criadas, tienen también animales domésticos. «Se sabe desde hace mucho tiempo que se alimentan en gran parte de un líquido meloso segregado por los pulgones (*aphide*), y, como se ha dicho repetidas veces, estos insectos no son más que las vacas de leche de las hormigas: *Aphis formicarum vacca*, según la expresión de Linneo. Hace más de un siglo que el cura Boisier de Sauvages publicó una excelente Memoria sobre las relaciones entre las hormigas y los pulgones; se puede asegurar que aquéllas ordeñan á éstos, pues, según han hecho notar Darwin y otros observadores, los pulgones conservan su secreción hasta que las hormigas están dispuestas á recogerla y éstas les acarician dulcemente y les golpean á fin de que segreguen el jugo meloso de que hemos hablado, que, como es más ó menos viscoso, es probablemente ventajoso al pulgón que le sea extraído por las hormigas.

»Pero no es ésta la única ventaja que saca de aquellos insectos, pues les protegen contra los ataques de sus enemigos y hasta les construyen una especie de vaquerías subterráneas. Las hormigas jóvenes recogen en sus nidos las especies de pulgones que se nutren de raíces y les cuidan con tanto esmero como á su propia prole. Hay más todavía; no tan sólo guardan los pulgones adultos que ya no les son útiles, si que también los huevos, que de ningún provecho les son antes del nacimiento. En Febrero de 1876 observé estos huevos por la primera vez, y noté lo que Huber hizo observar, ó sea que las hormigas se tomaban gran cuidado por esos pequeños cuerpos oscuros, llevándolos apresuradamente á las habitaciones más bajas cuando el nido estaba amenazado. En 1879 observé, además, huevos depositados desde principios de Octubre en la planta con la que se nutre aquel insecto, y á pesar de que no les sirven directamente no los dejaron en el sitio que ocupaban, en donde se hallaban expuestos por las inclemencias de la estación á innumerables peligros, sino que los llevaron á sus nidos y los cuidaron en extremo durante los largos meses de invierno. Permanecieron allí hasta el próximo Marzo, en cuyo mes tenía lugar el nacimiento de los pulgones, y entonces fueron transportados de nuevo por las hormigas y colocados sobre los retoños de las belloritas; esto me pareció un notable ejemplo de prudencia. Nuestras hormigas pueden tal vez no recoger provisiones para el invierno, pero hacen algo mejor que esto, porque conservan durante seis meses los huevos que han de procurarles el alimento durante el siguiente verano; esto es un caso sin ejemplo de previsión en el reino animal.

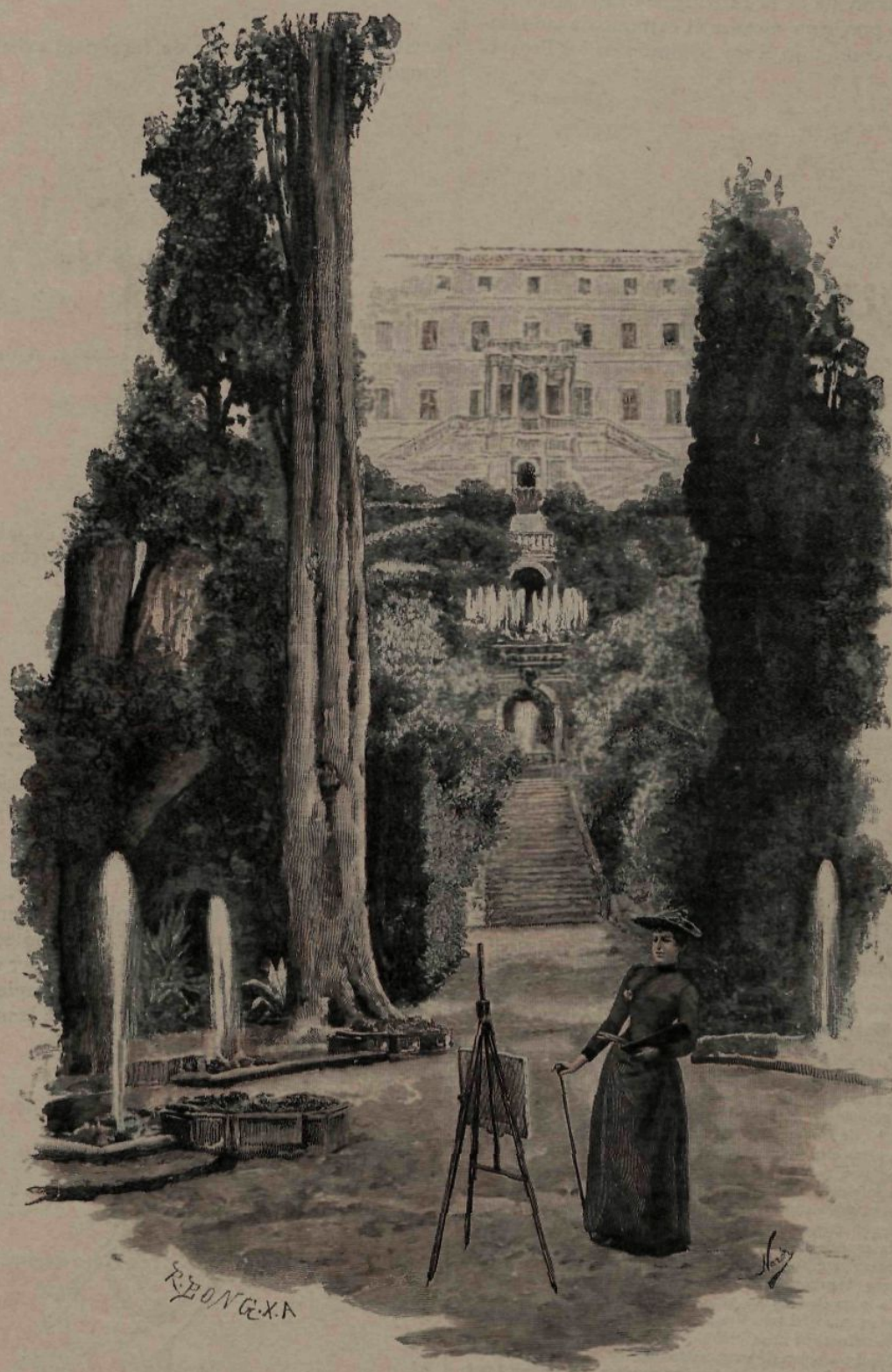
»Los nidos de nuestra hormiga común (*lasius flavus*) contienen en abundancia cinco ó seis especies de pulgones... Hay además un gran número de otros insectos que viven habitualmente en los nidos de las hormigas, de suerte que podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que nuestras hormigas poseen más animales domésticos que los hombres.

Añadamos, por fin, un rasgo que las caracteriza.

Las hormigas, que viven en sociedad y que trabajan en común, según los naturalistas que mejor han estudiado sus costumbres, tienen medio de entenderse. Todos han observado que raras veces se encuentran sin tocarse las antenas y sin golpear suavemente los lados; otras veces estiran de uno á otro lado á sus compañeras para darse á



TIVOLI.—GRUTA DE NERÓN Y EL TEMPLO DE VESTA



TÍVOLI.—LA «VILLA» DE ESTE

comprender mejor; de este modo previenen los peligros que les puedan sobrevenir en las expediciones que deben emprender, etc. Hallamos, pues, en estos diminutos insectos un verdadero pueblo en miniatura, cuya organización es una maravilla de la Providencia. Falta tan sólo examinar si su previsión alcanza el extremo de amontonar provisiones, como dijo el rey Salomón en los Proverbios. — ***

(Continuará).

El rey de Tule

(BALADA DE GOETHE) (1)

UN rey en Tule reinaba
que fué constante amador;
su muy amada muriera,
y un áureo tazón le dió.

A su mesa cada día
lo llenaba de licor,
y al acercarlo á los labios
le latía el corazón.

Llegada su postrer hora
sus ciudades numeró:
todo lo daba á sus deudos
menos el áureo tazón.

Luego á espléndido banquete
llamó á los grandes su voz;
en la sala del castillo
que da al mar los recibió.

Allí las últimas gotas
apurara del licor;
después á la mar vecina
arrojó el áureo tazón.

Vióle caer, y entre las ondas
desaparecer veloz;
eclipsáronse sus ojos
y el buen Rey no más bebió.

Traducción de
J. LLAUSÁS.

(1) El creador de la literatura nacional alemana y el más grande de los poetas modernos nació en Francfort sobre el Mein, en 28 Agosto de 1749 á las doce del día. Hijo de rica familia, ya de niño su genio literario se complugó en la contemplación de la Naturaleza y del Arte. Siguió la carrera de derecho, pero su vasto espíritu se recreó en toda suerte de conocimientos. A los veinticuatro años hizo representar su drama *Goetz von Berlichingen*, que inició la emancipación de la literatura alemana, antes tributaria de la francesa, y al año siguiente su novela *Werther* fanatizaba al mundo entero. Pasó después á la corte de Weimar, verdadera Atenas germánica, donde todo el movimiento intelectual giró muy pronto alrededor de Goethe. Allí trabó amistad con el célebre poeta Schiller y escribió otras obras como *Egmont*, *Guillermo Meisler*, *Ifigenia en Taurida*, en las que fué desplegando los múltiples aspectos de su genio. Después viajó por Italia, que siempre fué el país de sus ensueños, por la gran devoción que siempre tuvo á la serenidad del arte clásico y al del Renacimiento, cuyas obras pudo admirar en sus viajes por aquel país. Frutos de esta especie de peregrinación fueron su drama *Torcuato Tasso*, *Elegías romanas*, etc., que con lo mucho que ya llevaba escrito en diversos géneros hicieron que se le apellidara monstruo clásico-romántico. Pero la obra de toda su vida, fiel trasunto de su genio en plena madurez, fué su inmortal tragedia *Faust*, que puede decirse estuvo escribiendo siempre. En 1808 era Goethe objeto de una idolatría universal, y Napoleón I quiso conocerle personalmente. Se vieron y se hablaron en Erfurt. No es posible en una nota citar siquiera los trabajos poéticos, de crítica, de historia, de ciencias naturales, de artes aplicadas que nos ha dejado el afán de saber y de obrar de Goethe; pero sería pecado, habiendo citado otras obras suyas, no nombrar su precioso poema *Hermann y Dorothea*. De 1815 á 1828 fué primer ministro del príncipe de Sajonia Weimar, en la capital de cuyo Estado murió Goethe como un semidiós una mañana de primavera del año 1832, pidiendo: «¡luz!» «¡luz!» aspiración de toda su vida. Entre la multitud de poesías sueltas, *lieds*, baladas de Goethe, en la más sencilla de las cuales se revela toda la altura de su autor, es una de las más conocidas y celebradas la del «Rey de Tule.»

La electricidad

Seiscientos años antes de Jesucristo existía el primer fumador del mundo.



Era éste un tal Tales de Mileto, y, á falta de tabaco, entonces desconocido, fumaba hojas de rosa y anís como los chiquillos de la escuela.



Cayósele un día la hermosa pipa, que era de espuma de mar con boquilla de ámbar, y debió ser sobre algo poco limpio, porque Tales, á pesar de ser un filósofo de los de la *materia única*, se apresuró á limpiar la boquilla frotándola fuertemente con su túnica de lana.



Al ir á llenarla de nuevo, observó que las hojas de rosa seca eran atraídas por la pipa y se pegaban al ámbar recién frotado.

Repitió las fricciones de la pipa con el túnico, y su



sorpresa creció de punto al ver como el ámbar atraía toda



clase de cuerpos ligeros.



Estas experiencias las repitió en calles y plazas á guisa



de espectáculo y recogió muy buenos cuartos.

En mi poder un número de *El Diario de Barcelona* de aquella época y en un artículo titulado *Elektron* (1) escribe Plinio lo siguiente acerca del ámbar:



«Cuando el frotamiento le ha dado calor y vida, atrae los cuerpos ligeros, como el imán atrae al hierro.»

Nada más se supo de este notable fenómeno hasta principios del si-

glo xvii en que Gilbert, médico de la reina Elishabet de Inglaterra, observó que eran muchas las sustancias que, frotadas, atraen los cuerpos ligeros.

Cerca de dos siglos se pasó la humanidad frotando todo lo que se presentaba para investigar si pertenecía á los cuerpos *electrizables* ó á los no *electrizables*.

Esta época, análogamente á las del Reno, de la Piedra, etc., debe ser llamada época del Frotamiento.

Se dejó de frotar cuando Gray demostró que todos los cuerpos son *electrizables* poniéndolos en determinadas condiciones.

Para ello tomó un tubo de vidrio y al extremo un cuerpo que hasta entonces no se había podido electrizar. Un tapón de corcho.

Atravesó el tapón con un asador; del asador colgó un candil de gancho; del candil el collar y cadena de su perro; de la cadena una sartén y, finalmente, puso sus anteojos.

Así las cosas, frotó el corcho y observó que éste atraía los cuerpos ligeros; propiedad que se extendió desde el corcho hasta los anteojos.

Con esto demostró:

1.º Que la electricidad es algo parecida á un fluido que pasa á través de ciertos cuerpos, como los metálicos.

2.º Que no pasa á través del vidrio.

3.º Que todos los cuerpos

son *electrizables* por el frotamiento si, como al corcho de la experiencia anterior, se le tiene aislado.

(1) *Elektron*, que significa ámbar.

En vista de lo experimentado por Gray la gente dejó de frotar y convino en que los cuerpos deben dividirse en buenos y malos conductores de la electricidad.

Cuerpos buenos conductores, ó que conducen fácilmente á todas partes:



Los conductores del tranvía y del ferro-carril.
El vil metal, aun en forma de billetes de Banco.
El suelo y el agua.

Malos conductores, que no conducen á nada ó que no van á ninguna parte:



El caoutchouc.

La crema.

La goma.



El aire.

Termino esta primera parte de electricidad estática con la primitiva máquina eléctrica ya conocida por los



medos y por los persas, (véase la figura). Con frotarle fuertemente el lomo, la electricidad os saltará á los ojos.

MELITÓN GONZÁLEZ.

NUESTROS GRABADOS

Tívoli.—Rocco Pío

Contados serán los viajeros que habiendo ido á Roma no empleen un día para ir á ver la pequeña población de Tívoli, la *Tibur* de los romanos. Todos los artistas han ejercitado en mayor ó menor grado el lápiz ó el pincel, sacando lindísimos apuntes de aquel lugar. El camino, desde la capital del Orbe Católico, atrae ya la atención del visitante. La extensa llanura romana se extiende ante sus ojos á medida que el coche ó la cabalgadura adelantan por la vía Tiburtina; olor de azufre le advierte que va á pasar junto el canal de la *Solfatará*, que arroja en el Anio las aguas minerales celebradas por los antiguos con el nombre de *Aqua Albula*; más lejos divisa la tumba de la familia Plautina, y á pocos kilómetros se levanta la *Villa Adriana*, en donde existen las ruinas de las obras que mandó hacer el emperador Adriano, á imitación de los más famosos monumentos admirados por él en sus viajes. Tampoco se halla lejana de Tívoli la valiente construcción medioeval de Roca Pía, que reproduce nuestro dibujo, y en la cual se nota el aire pintoresco propio de la edificación en los tiempos de la Edad Media. El camino, pues, los alrededores, los recuerdos que se agolpan á la mente del viajero medianamente ilustrado, todo contribuye á que la expedición á Tívoli sea una de las más variadas é interesantes, entre las muchas que pueden verificarse desde Roma. Por esta razón publicamos en este número los bonitos dibujos sacados en Tívoli por un artista que á la fidelidad del dibujo une la elegancia necesaria para dar exacta idea del paisaje en aquella población y en sus cercanías.

Tívoli.—Gruta de Nerón y el templo de Vesta

Son celebradísimas las llamadas *Cascatelle* de Tívoli, y en verdad que es difícil hallar en otro punto vista tan hermosa como la que se origina de estos saltos de agua por debajo del templo circular de Vesta. En grandiosidad no pueden compararse á las cascadas de los Alpes, ni de los Pirineos, las cuales, empero, ofrecen un carácter rudo que no se encuentra en las *Cascatelle* de Tívoli. Estas se adelantan á aquéllas en elegancia, si así podemos expresarnos. Su vista trae á la memoria los cuadros de los antiguos paisajistas, aquellos países historiados en que los autores combinaban bellamente el arte con la Naturaleza. El templo de Vesta, en parte arruinado, como la generalidad de los edificios griegos y romanos, mas conservando aún su delicada silueta arquitectónica, es apropiado remate de aquellas quebradas, que nada tienen de espantable; de aquellos saltos de agua, cuyo rumor acrecienta en el viajero el solaz originado por las perspectivas que á su vista se desarrollan, ora descienda en borriquillo al fondo desde las alturas de Tívoli, ora desande el camino subiendo para buscar refacción en la *Locanda* de la Sibila ó en alguna otra de las que procuran atraer al turista en aquella antigua población en donde pasó horas de memorable solaz el poeta Horacio, según lo refiere él mismo en sus incomparables poesías. El Anio ó *Tevere*, río que produce las *Cascatelle* al despeñarse, es causa del encanto de aquellos sitios. Contempladas de frente las cascadas tienen por coronamiento jardines y arcos pegados á las rocas, brotando el agua por en medio de estas construcciones. Cuando un rayo de sol atraviesa el vapor

que forma el agua al caer, colórase todo con los matices del arco iris, produciéndose entonces el espectáculo de un país quimérico ó de un lugar habitado por las hadas. El templo circular de Vesta ó de Hércules, porque de ambos modos se le designa, se proyecta entonces sobre un firmamento azul, de ese azul luminoso, en el que se armonizan la tinta del cielo con las del oro purísimo, que sólo se ve en Italia y en España y que tan repetidas veces han cantado los poetas. Las hermosas columnas corintias estriadas y el cornisamento adornado con bucráneos parecen esculpidos en una piedra rojiza, de un color encendido, ideal, como sólo puede soñarlo la imaginación del artista. Las macizas construcciones llevadas á cabo merced á la munificencia de los Papas para encauzar las aguas del Anio, no hacen mala figura al lado de los restos del arte antiguo, antes contribuyen á revestir de grandeza la vista de Tívoli, del templo de Vesta y de las *Cascatelle*.

Tívoli.—La «villa» de Este

Es obligada visita de los que desde Roma emprenden la excursión á Tívoli la de la «villa» de Este, una de esas residencias de príncipe que existen en Italia y que son el encanto de todas las personas de buen gusto. ¡Qué magnificencia desplegaron en ellas sus dueños y los arquitectos que secundaron y dieron forma á sus propósitos! Todo es grandioso en las «villas» italianas y singularmente en las romanas. Álzase en ellas palacios de gran suntuosidad, como el de Este, junto á Tívoli, en los cuales el arte del Renacimiento y el barroquismo hicieron alarde el primero de su inventiva y sentimiento artístico y el segundo de su exuberante y también artística fantasía. Arriates admirablemente dispuestos forman en medio de los jardines líneas reposadas, sobre las cuales se proyecta la vegetación, y que á la vez permiten contemplar deliciosos panoramas. La feliz unión de la arquitectura y de la jardinería la realizaron los arquitectos italianos de un modo que no ha sido superado por ningún otro país. Los jardines ingleses, por exceso de pintoresco, caen en un desorden rebuscado; los franceses, á estilo de Le Notre, pecan de excesiva regularidad, y para lograrlo falsean hasta la misma Naturaleza. No ocurre esto en los jardines de las villas Borghese, Doria Pamphili y Corsini de Roma, ni en la de Este de Tívoli, en las cuales, dentro de la regularidad arquitectónica en la traza general, campea la vegetación en su mayor espontaneidad y lozanía, en los mismos espacios que dejan las líneas fijadas por el arquitecto. Es de ver en ellas robles seculares, cipreses que se elevan sobre el horizonte, árboles gigantescos de diversas especies, junto con plantas de modestas dimensiones, todo variado, todo elegante, todo artístico. Este efecto revela el dibujo de la «villa» de Este, que publicamos. Un círculo admirable de cipreses, que cautiva al viajero, viene indicado en la vista de que hablamos. Hacia los años 1850 fué construída esta espléndida morada por el cardenal Hipólito de Este, tío de la famosa Leonora, cuya belleza tan fatal fué al infeliz Torcuato Tasso, el autor de la *Gerusalemme Liberata*. Hizo el proyecto Pirro Ligorio y la embellecieron con frescos P. Zuccari y Muziano, que figuran entre los muchos pintores italianos diestros en el arte de decorar un aposento.

Mesa revuelta

Uno se jugó cuanto tenía. Ya no le quedaba nada de su hacienda, cuando le pasó por la imaginación, en su afán de buscar dinero para satisfacer la pasión que le dominaba, el vender, aunque fuera al diablo, su hija única, niña de quince años.

Se encontró en el camino de la casa de juego á un compañero de garito, muy rico, porque prestaba á los que comenzaban tal carrera de perdición, sin cuidarse de que le devolviesen el dinero, sobre todo á los jóvenes, si dudaban en abandonar un vicio que siempre empuja y acanalla y nunca enriquece. Su digno amigo era alto, seco, moreno, ojos atravesados, pelo ensortijado y negro, con el cual trataba de ocultar algún exceso que tenía en la cabeza; las uñas, por su tamaño, parecía que no se las cortaba desde la creación del mundo.

—Si me entregáis á vuestra hija, os daré cuanto queráis, le dijo tan repugnante personaje al jugador, adviniéndole el pensamiento.

—Venid á buscarla esta noche, replicó el infame.

A la primera campanada de las doce llamaron á la puerta.

—Mira quién es, le dijo el padre á su hija.

Ésta se asomó á la ventana, y contestó:

—Parece un caballero.

—Baja y abre.

La muchacha, que era muy religiosa, al correr el *cerrojo con la mano izquierda*, se santiguó con la derecha, y no encontró á nadie.

—Se habrá arrepentido, exclamó el padre al saberlo.

Al otro día, el hombre mal encarado se excusó con el jugador, le adelantó una cantidad á cuenta, le entregó dos magníficas sortijas para que su hija precisamente se las pusiese una en cada mano, y prometió ir á buscarla sin falta la próxima noche.

La niña estaba medio dormida cuando sonó un fuerte golpe en la puerta, al mismo tiempo que daban las doce.

—¿No oyes? gritó el padre. Abre; antes toma estas sortijas; y se las colocó como le había indicado el largo de uñas.

La chica, muy satisfecha del regalo, bajó corriendo la escalera, fué á hacer la señal de la cruz con la mano derecha, y no pudo; tampoco consiguió santiguarse con la izquierda, y cayó desmayada, diciendo:

—¡Jesús me valga!

Al grito acudió su padre, calculó que el amigo podría así llevarsela con más facilidad; pero había desaparecido. Era el diablo. A la infeliz se la habían paralizado los dos brazos.

Insistió con más empeño el demonio en que le entregasen la niña. Como ya no podía santiguarse, trató de sorprenderla sin darle tiempo para pronunciar el santo nombre de Dios, y encargó al padre que la llevase detrás de una ermita situada en la cima de un cerro. La muchacha, al pasar por la puerta del templo, se sentó; el padre no pudo conseguir que se moviese, y el diablo, después de dar mil vueltas y esperar inútilmente mucho tiempo, como tenía otro asunto interesante entre manos, se marchó, dejando el atrapar á la niña para mejor ocasión.

El padre la llevó engañada á un bosque, y allí la abandonó. Poco después rodearon á la muchacha una trailla de perros que perseguían una corza.

El rey, que iba cazando, acudió á los ladridos. Al ver una niña tan hermosa, se enamoró de ella, la llevó á la corte y se casó, aunque los palaciegos se opusieron, porque se ignoraba la nobleza de su familia, y los brazos á la chica no la servían sino de adorno.

Mientras el rey peleaba con el moro, la reina tuvo un precioso niño. Se lo escribió á su marido loca de contento; pero el diablo, que no quería abandonar tan buena presa, volvió á meter la pata. Interceptó la carta, y la sustituyó con otra del primer ministro, en la cual participaba al rey que su hijo era un monstruo con cabeza de perro y patas de cabra.

El rey dió orden de que al hijo y á la madre los echasen de palacio.

A la pobre la pusieron el niño á la espalda metido en un saquito, y se marchó á la ventura. Hacía mucho calor, tenía sed, se paró á la orilla de un caudaloso río, y como no podía valerse de los brazos, temía que al inclinarse para beber se le escapara y ahogase su hijo; pidió socorro á la Virgen, que se la apareció, y mandó apagase la sed en la corriente. Fué á acercar los labios al agua, y se le cayó el niño al río. La madre se arrojó detrás, y salió á la orilla con su hijo en los brazos, que habían vuelto á tener movimiento al perder las sortijas.

—La fe salva, la dijo la Virgen; yo no abandono jamás á los que resisten las tentaciones de Satanás.

Colocó á la madre y al hijo en una casa, situada en el camino de la capital del reino, y la encargó que al llamar no abriese si no escuchaba al mismo tiempo la salutación angélica.

Aquella noche el diablo quiso hacer la última prueba. Por más que dió golpes en la puerta hasta con los cuernos, no le hicieron caso.

Al rayar el alba volvieron á llamar.

—Ave María, dijo el rey, que regresaba cansado de matar moros.

Su mujer, con el niño en brazos, salió á recibirle. El rey se convenció de que sólo el diablo podía mentir tan descaradamente al participarle que su hijo, más hermoso que un serafín, era un horrible fenómeno.

Pocas horas después entraba la familia real por las puertas de la capital. El rey montaba un magnífico caballo, y la reina, con el niño en brazos, en una mula blanca que conducía un paje vestido de seda y oro.

Según noticias fidedignas, el jugador concluyó por darse á todos los demonios.

Un soldado viejo.

* * *

Uno preguntó á un amigo suyo cómo se conocía la edad de los caballos, porque quería comprar uno joven: —Por los dientes, le dijo el amigo.—El día siguiente va nuestro hombre á casa de un chalán, quien le presentó un magnífico potro.—No quiero éste, porque tiene treinta y dos años... (Le había contado los dientes).

* * *

Es difícil enumerar las cualidades que debe tener una cama para ser buena, pero es fácil señalar los defectos que la hacen mala. No debe ser demasiado blanda, porque podría producir una congestión y desarrollaría la impresionabilidad nerviosa, disponiendo á la gordura. No se debe colocar en una alcoba, porque en ella penetra el aire con dificultad; las cortinas han de ser tan sólo adornos, y debemos guardarnos de encerrarnos en ellas completamente, limitando en extremo el espacio que nos es necesario para la respiración. Las almohadas de pluma mantienen la cabeza en una temperatura muy elevada y pueden ocasionar ataques cerebrales; las de crin son preferibles.

Conviene estar acostado sólo siete horas por término medio; las mujeres pueden estarlo algo más y los niños mucho más todavía, porque tienen mayor necesidad de dormir que los adultos.

* * *

Algunas veces se hace muy difícil quitar de los tubos de las lámparas las manchas de aceite que el calor ha fijado y como incrustado en ellos. Para lograrlo, se frota el vidrio con un lienzo empapado de alcohol, de jabón, de albayalde ó tripoli finamente pulverizados. Si las manchas no desaparecen después de haber frotado es necesario recurrir al ácido muriático ó clorhídrico (*sal fumant*). Con un pañito de lana se untan las manchas con este ácido y luego se lava el tubo con mucha agua.

El uso de dichos tubos impone una verdadera contribución á las familias por la frecuencia con que se rompen, lo cual depende de que están mal cocidos. Cuando esto sucede, que es con harta frecuencia, una corriente de aire, un brusco descenso de temperatura bastan para pro-

ducir una contracción rápida y desigual que rompe el tubo agrietándolo.

Para evitarlo basta practicar en la boca del tubo, y en sentido longitudinal, una grieta por medio del diamante. Esta sencilla precaución evita el rompimiento, por lo cual se ha dicho en broma que para evitar que los tubos se rompan es necesario romperlos antes. Hay otro medio de evitarlo bastante sencillo, y quizás más seguro, que consiste en recocer el vidrio. Para esto, se mete el tubo en una olla llena de agua fría, que luego se hace calentar hasta la ebullición.

* * *

Si se quiere conservar en el árbol un fruto que no esté aún completamente maduro (peras, manzanas, melocotones), y que esté descantillado y pellizcado por los pájaros, los moluscos, los zánganos ó las avispas, es preciso quitar la parte atacada con un cuchillo y después de limpiarla llenarla bien de polvo fino de yeso amasado con agua, teniendo cuidado de apretarlo con el dedo al objeto de que quede bien adherida. Inmediatamente se formará una película apergaminada, que priva completamente al contacto del aire exterior. De este modo el fruto no está expuesto á los gérmenes que flotan en la atmósfera, pues no tienen fuerza suficiente para producir la putrefacción.

También se puede llenar la parte que ha quedado vacía con cera, que se pone en estado líquido por medio de un hierro elevado á una temperatura suficiente. De este modo la cera líquida también evita el contacto del aire con la parte que estaba en putrefacción y se salva el fruto.

Si se quiere conservar la caza, introdúzcase en un montón de trigo ó de centeno, teniendo cuidado de que quede perfectamente cubierta de granos. Por este medio se la encontrará al cabo de algunos días en perfecto estado de conservación.

* * *

El amor ofrece un carácter tan especial, que no es dado tenerlo oculto cuando existe, ni fingirlo cuando no se tiene.—MADAME DE SABLÉ.

* * *

Consideremos á los difuntos como ausentes: pensando de este modo no nos engañaremos; les hemos dejado marchar primero, ya les encontraremos.—SÉNECA.

* * *

El verdadero republicanismo no consiste en la forma del gobierno, sino en el respeto de los derechos nacionales é individuales.—***

* * *

No eres tú el mortal, sino tu cuerpo; porque esta materia que te envuelve no eres tú, sino el alma.—CICERÓN.

* * *

Puedo reconciliarme con el hombre que me insulta cara á cara: tal vez un día será mi amigo. En cuanto al que me alaba siempre que me encuentra, éste es tonto ó un pícaro.—PENSAMIENTO CHINO.

* * *

La libertad política bien analizada es una fábula de convención, discurrida por los hombres que gobiernan para adormecer á los gobernados.—NAPOLEÓN.

Recreos instructivos

XI

—Ya sabéis la capital importancia que tiene para nosotros el sentido de la vista; pero sólo imperfectamente podéis formaros idea de la variadísima sucesión de fenómenos á que llamamos ilusiones ópticas por lo que tienen de engañoso, pues aparentan colores, formas y sitios distintos de la realidad.

Aquí tenéis un periódico impreso en papel color de rosa: leedle un rato al sol, y pronto veréis los negros tipos de imprenta convertidos en verdes, lo cual prueba



que el verde es el color complementario ó de combinación física entre los rojos y los negros: cortemos ahora tres tiras de papel de igual longitud, pero que una de las cuales sea algo más estrecha que las dos restantes: ¿veis? son exactamente iguales: pues poniendo las dos anchas en



forma de cruz de aspa y la estrecha perpendicular al doble vértice...

—Pues ahora es más larga la estrecha, pero mucho más; ¿cómo puede ser esto, don Segundo?

—De ningún modo: continúan iguales en longitud, y sino á la prueba; coloquemos las tiras como antes, y...

—Efectivamente: son iguales; es singular esta ilusión.

—Todas las ilusiones hacen ver que es verde lo negro y que es largo lo corto y en eso estriban tantos desengaños provechosos. Ahora vamos á producir otra ilusión ¿veis bien este dibujo desde la distancia á que lo pongo?

—¡Una cabeza de gato! ¡qué bien está!

—¿Os parece que no hay más que la cabeza, verdad?

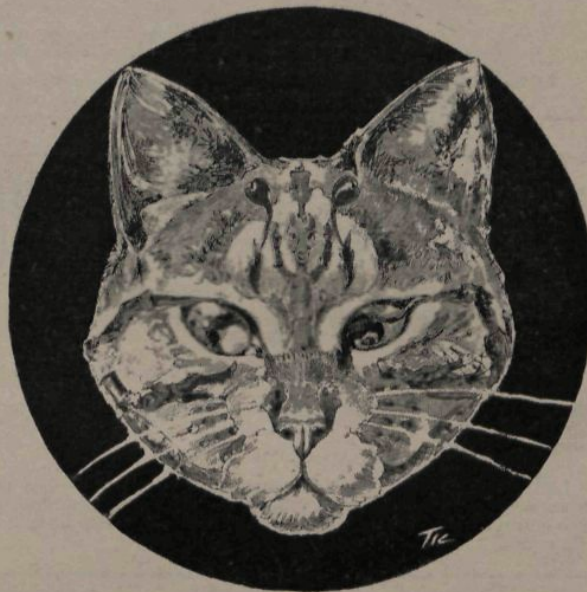
—¡Está claro!

—Pues no lo está: vedla ahora de cerca y hallaréis las manchas de la cara gatuna formadas por trasgos, caricaturas, flores, pajarracos y otros caprichos: y sin embargo, vista de lejos es una mascarilla de gato á la que no le falta sino mayar.

Vamos á otros experimentos.

—¿Y consistirán?...

—En una serie de siluetas, vistas de linterna mágica y hasta fotografías... hasta cierto punto: hay procedimientos muy sencillos que permiten sacar impresiones de hojas, copias de fotografías, adornos, etc., para esto se necesitan



unos aparatos muy complicados: dos cristales, cuatro pinzas de madera, un rollo de papel preparado y una cubeta de agua limpia.

Ya veis que vuestra maquinaria no será dispendiosa, pero es preciso buscar un cuarto negro para las manipulaciones; con que quepa yo basta, pues no necesito ayudante; mañana seguiremos con los juegos ópticos, y dentro dos ó tres días vamos á tener instalada nuestra fotografía... hasta cierto punto.—JULIÁN.

Solución al jeroglífico anterior

De dinero y de bondad, la mitad de la mitad

ENIGMAS

Soy y no soy: ¿qué soy?

¿Qué objeto es aquél que más fiel parece y todo lo reproduce al revés?

¿Qué planta nace junto al hocico de los cerdos y muere en la frente de los héroes?

¿De qué se hacen los muelles más flexibles, sólidos y baratos?

¿Cuál es el fruto que lleva en nuestro país nombre de infiel y de cristiano en Marruecos?

X.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.^a*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

SECCIÓN DE ANUNCIOS

CRISTOBAL COLON

SU VIDA.—SUS VIAJES.—SUS DESCUBRIMIENTOS

FOR

D. JOSÉ MARÍA ASENSIO

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles, tales como: BALACA CANO, JOVER, MADRAZO, MUÑOZ DEGRAIN, OSTEGO, PUEBLA, ROSALES, SOLEN.—Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega

EL CONTINENTE MISTERIOSO

LAS FUENTES DEL NILO.—LOS GRANDES
LAGOS DEL ÁFRICA ECUATORIAL.—DEL RIO LIVINGSTONE
AL OCEANO ATLÁNTICO

ESPLÉNDIDA EDICIÓN

Adornada con láminas sueltas, grabados en el texto y varios mapas iluminados

ÚNICA TRADUCCIÓN AUTORIZADA POR EL AUTOR

La importante obra EL CONTINENTE MISTERIOSO se publica por entregas de cuatro páginas en folio y se reparte por cuadernos de ocho entregas al precio de 4 reales el cuaderno. Su coste total es de 100 reales.

EN EL ÁFRICA TENEBROSA

HISTORIA

DE LA EXPEDICIÓN EMPRENDIDA EN BUSCA Y AUXILIO

DE

EMIN

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA ECUATORIAL EGIPCIA

ÚNICA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA PUBLICADA CON ANUENCIA DEL AUTOR

MAGNÍFICOS REGALOS

Esta importante obra forma un abultado tomo y se reparte por cuadernos de ocho entregas al precio de 4 reales el cuaderno. Su coste total es de 132 reales.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japon y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tanger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.^a, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.^a — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.^a — Málaga; don Luis Duarte.

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PEÑA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVIÑÓ, 18 bis. — BARCELONA —